

## **BRAULIO DE ZARAGOZA: HOMBRE DE VASTA CULTURA Y ERUDICION CLASICA**

**María Luisa García Sanchidrián**  
*I. B. María Moliner de Zaragoza*

No hay duda de que, como se ha dicho en otra parte, desde el punto de vista de la literatura latina cristiano-visigótica, debemos considerar a Zaragoza entre los núcleos punteros del país hispano-romano a la vez que como lugar de irradiación cultural comparable a los centros de Sevilla y Toledo.

Durante el siglo VII y bajo el impulso de los monarcas visigodos se produjo un gran florecimiento cultural en Hispania, de manera que nada es más característico en este siglo, siempre desde el punto de vista de la cultura, que la divulgación de la misma entre las diversas capas sociales, originando la aparición de una literatura brillante, en parte por la acción de la Iglesia ante su clero, en parte por la incorporación creciente del mundo visigodo a la cultura latina, y también en parte por la acción de personajes de primera fila como Isidoro de Sevilla.

Ahora bien, no fue Isidoro una figura aislada sino la más notable de un conjunto de figuras que hicieron de la España del siglo VII el gran foco cultural del occidente cristiano. Este siglo VII fue para Zaragoza una época de florecimiento, al que contribuyeron de forma decisiva las brillantes personalidades que ocuparon su sede episcopal, comenzando por Máximo y, luego, Juan, hermano mayor de Braulio: a él se debe, según unos versos de Eugenio de Toledo, la formación de la biblioteca episcopal de Zaragoza que tanto trabajaría Braulio por enriquecer y que quizá llegase a contar con unos cuatrocientos cincuenta volúmenes.

Con el pontificado de Braulio, que sucedió a su hermano Juan, y con su sucesor Tajón, la iglesia cesaraugustana y la misma ciudad de Zaragoza vivieron una de las épocas de plenitud de su historia, llegando a ser Braulio el primero de la cadena isidoriana de discípulos, que a través de aquel siglo se transmitiesen la antorcha de la cultura del maestro, y convirtiéndose la biblioteca episcopal de esta ciudad en un punto de referencia indispensable para todo erudito. Al estar relacionado con los personajes más destacados de su tiempo, su nombre se cruza en los aspectos de la vida social y también religiosa durante los numerosos años de su episcopado.

Por medio de su Epistolario y a través de las muchas horas que hemos dedicado a la investigación y conocimiento de diversos asuntos de filología latina, concretados en la memoria doctoral *In sancti Braulionis epistulas studia lexica et grammaticalia*, intentamos delinear la personalidad de Braulio y conocer también la actividad de la Hispania visigoda en la primera mitad del siglo VII. Y es ciertamente el Epistolario, por otra parte, el documento más sugestivo para sorprender la vida íntima de las gentes de aquellos días: reyes, obispos, magnates godos, abades, damas de la aristocracia, viven en él sus negocios, consultas y preocupaciones, en marcado acento familiar unas veces, y tratando de consolar con más frecuencia.

La actividad cultural desplegada en torno a Braulio hace suponer que existió aquí un laborioso *scriptorium* donde se copiarían los libros que se pedían a bibliotecas y particulares. En opinión de García Iglesias<sup>1</sup>, se puede afirmar que los dos centros culturales más importantes de la ciudad eran el monasterio de Santa Engracia y el atrio episcopal. Ambos centros dispondrían de biblioteca, escuelas y *scriptoria* o talleres de copia de los viejos textos. La correspondencia de Braulio, en efecto, nos proporciona una variada información sobre la actividad y fondos de la biblioteca, a la vez que se revela la figura destacada de su autor como un erudito, hombre de una vasta cultura clasicista y sólida formación en la ciencia eclesiástica y en la sagrada Escritura.

Por toda esta labor en favor de la cultura, sin duda alguna, y de la promoción intelectual cesaraugustana tiene a San Braulio como patrono la Universidad de Zaragoza.

Dentro del cuadro de la cultura escrita de la Hispania visigoda de los siglos VI y VII —y venimos refiriéndonos exclusivamente a una cultura en lengua latina—, hemos de hacer referencia a ciertos libros litúrgicos arrianos y algún códice con la versión gótica de la Biblia de Ulfilas, desaparecidos cuando la conversión de los godos al catolicismo; son muestra de la difusión de la escritura los centenares de inscripciones en los siglos VI y

---

<sup>1</sup>GARCÍA IGLESIAS, L., *Zaragoza, ciudad visigoda*, Zaragoza, 1979, p. 96.

VII, transcritas y catalogadas por Vives, según conocemos por experiencia; un significado especial encierran las llamadas pizarras visigóticas, editadas por Gómez Moreno y procedentes de una región rural de la alta meseta castellana. Las conocemos y, en efecto, parecen escritas por distintas manos de labradores capaces de servirse de documentos escritos para registrar distribuciones de semillas, pagos en especie, compra-ventas y cosas parecidas. Finalmente, los “homilarios visigodos” facilitaban la predicación a los humildes presbíteros que constituían el clero rural, salidos normalmente de los siervos de la propia “familia rústica” y destinados al frente de las parroquias para la atención religiosa de las gentes campesinas.

Testimonio significativo de esa cultura latina escrita, a la que hacemos referencia, son los “epistolarios” visigodos, sobresaliendo entre todos por su riqueza el del obispo Braulio de Zaragoza. En efecto, influido notablemente por la erudición clásica de san Jerónimo se muestra informado y brillante, elegante y simple nuestro escritor latino Braulio, a pesar de que personalmente reconoce ser partícipe de la exuberancia, el vicio de la época<sup>2</sup>.

Como representantes de la cultura en Occidente, en el período de transmisión a la Edad Media, Boecio, cuya mirada va hacia atrás al declinar el viejo mundo clásico, y Casiodoro, quien mira hacia adelante, a la aurora de la Edad Media cristiana, salvaron igualmente, aunque de distinta manera, la tradición cultural de un gran pasado de ser sepultada por las tormentas del barbarismo. Y san Isidoro, casi un siglo después de Boecio y Casiodoro, por su incansable aplicación y por su maravillosa lectura se hizo maestro de toda la Edad Media: por sus *Origines sive Etymologiae* es tenido como el último erudito de la Antigüedad y como el primero que supo conciliar el cristianismo con la literatura clásica.

Ahora bien, como hemos dicho en los comienzos no fue Isidoro una figura aislada, sino la más notable de un conjunto de figuras que hicieron de la España del siglo VII el gran foco cultural del Occidente cristiano. En efecto, Ildefonso de Toledo, discípulo de san Isidoro, hablando de su maestro, nos hace saber este detalle conmovedor: *Scriptis quoque in ultimo ad petitionem Braulionis Caesaraugustani episcopi librum Etymologiae*: “escribió a petición de Braulio, obispo de Zaragoza, el libro de las Etimologías y, después de trabajar muchos años por acabarlo, terminó su vida en este trabajo. Llevaba casi cuarenta años de arzobispo cuando murió. Era el estupor de los que le oían<sup>3</sup>.

<sup>2</sup>BRAULIO, *Vita Aemiliani*, prefacio (Migne, PL., 80, c. 701) y Epist. XIII, 41. Citamos las Cartas de san Braulio siempre con referencia a la edición de L. Riesco Terrero, *Epistolario de san Braulio*, Sevilla, 1975. La Carta se indica con el número romano que figura a la izquierda de la coma, mientras que el número que va a la derecha de la misma indica la línea según la numeración de la citada edición.

<sup>3</sup>*Isidori Hispalensis Opera Omnia recensente*, FAUSTINO AREVALO. Roma 1767, tom. 1, p. 2.

Y como amigo y predilecto de san Isidoro, Braulio nos concreta un poco más respecto de las *Etymologiae*, verdadero gran arsenal de la ciencia de la Antigüedad: “Compuso una obra inmensa, la obra de las Etimologías, dividida por él en capítulos pero no en libros, más como la había hecho a ruegos míos, aunque la dejó imperfecta, yo la dividí en veinte libros. Esta obra abarca todo el campo del saber, y quien la lea y estudie con frecuencia no será seguramente ignorante por sus conocimientos de las cosas divinas y humanas. Allí rebosa la elegancia de las diversas artes, donde recogió resumido casi todo cuanto debe saberse”<sup>4</sup>.

Insistimos asimismo en que a través de las muchas horas de investigación universitaria, dedicadas con toda ilusión al conocimiento de la personalidad de Braulio, y por medio de nuestros estudios filológicos latinos basados en su Epistolario, hemos podido advertir cómo en el terreno científico uno de sus más ardientes ideales, y singular para aquella época, fue su entusiasmo por libros –ya cristianos ya profanos–, según se desprende del contenido de alguna de sus cartas, demostrando realmente el conocimiento que de las dos clases de autores tenía en su correspondencia epistolar: a la vez que una preocupación infatigable hasta conseguir y hacerse con los documentos y manuscritos que no poseía<sup>5</sup>.

Recordando que alguien ha dicho que una parte considerable del saber occidental se ha configurado según referencias, proverbios o sentencias; es decir, según modos breves y resumidos de expresarse, los cuales buscando el fundamento, delimitan y aclaran lo que hay de positivo o negativo en el pensamiento o en la conducta, efectivamente una simple frase de la Carta XII del Epistolario de Braulio, escrita poco tiempo después de ser obispo, suscita una antigua cuestión entre el entonces presbítero Tajón, destinatario de la Carta XI, y el arcediano Floridio. Braulio, según se desprende también del tono jocosos y mordaz –citas paganas incluidas– de la primera carta a Tajón, reprendiéndole la vanidad de su erudición profana con energía clásica a la vez que revela un amor profundo hacia los antiguos, afirma<sup>6</sup>: *Incidit enim tempus difficillimum... dum nobis potius impendat salutis necessitate uide compendia cogitare quam, iuxta Appium, caninam facundiam exercere*: “Debemos pensar en la necesidad de la salvación y en la brevedad de la vida, más bien que, según las palabras de Apio, en ejercer una elocuencia canina”. Y, como Floridio insiste en preguntarle respecto de un asunto profano que resulta difícil y hace perder el tiempo, Braulio continúa reprendiendo con sutileza la cul-

<sup>4</sup>AREVALO, F., *op. cit.*

<sup>5</sup>LYNCH, C. H., *Saint Braulio, Bishop of Saragossa (631-651) his lif and writings*. Washinton. D.C., 1938. Traducido al español por GALINDO, P., Madrid, 1950, pp. 189-191.

<sup>6</sup>*Ep.* XII, 9-13.

tura profana en la Carta XII<sup>7</sup>: “Como dice el Apóstol, ‘puesto que el tiempo es breve’ (*I. Cor. 7, 29*), prefiero dedicarme a la caridad, que edifica, más bien que a la ciencia, que es difícil que no infle, o no dé lugar a la envidia (*I. Cor. 8, 1*)”.

Y, pasado el tiempo, esa misma cuestión –consecuencia de la ruda y airada actitud del irascible Tajón, futuro sucesor de Braulio en Zaragoza– suscita asimismo los sentimientos paternales del ya viejo maestro Braulio, puestos de manifiesto en la Carta XLII, al responder con mansedumbre y amistad, tratando de resolver una dificultad teológica de su discípulo Tajón<sup>8</sup>.

Ahora bien, para conocer el pensamiento de nuestro obispo en relación con el empleo de los autores clásicos paganos, prácticamente únicos existentes en aquel alborar científico-literario del cristianismo, contamos con una abundante y exacta erudición clásica en citas y reminiscencias de autores paganos, erudición clásica que en gran parte se debe a san Jerónimo, de cuyo Epistolario se surte san Braulio a cada paso. En Braulio, pues, no faltan citas clásicas, pero procedentes con frecuencia de san Agustín y, especialmente, de san Jerónimo. Y es que entre los escritores de aquel tiempo era tal el respeto a la tradición que, si para escribir sus ideas del momento tenían una fórmula ya sancionada por la Antigüedad, la tomaban como suya<sup>9</sup>.

En la Carta XXV<sup>10</sup>, cuando san Braulio escribe al abad Emiliano, consejero del rey Chindasvinto, le manifiesta –dentro de su acostumbrado lenguaje marítimo y en texto hinchado y ampuloso– un perfecto conocimiento de los peligros que acechaban al abad, dada su posición, comparándolos con los que –según advertía el adivino Circe en la mitología griega– amenazaban a toda navegación que debía costear la isla de las sirenas, cuyas dulces y armoniosas voces encantaban a quienes las oían dejándose cautivar por ellas y luego los arrastraban a la muerte entre los abismos de Caribdis y Escila, tan temidos de los marineros. “Sin embargo –añade inmediatamente nuestro experimentado obispo– he advertido que el ancla de vuestra mente, carísimo Emiliano, está clavada sobre solidísima roca celestial...”, haciendo oídos sordos a los humores mundanos de la corte, como los hiciera Ulises aconsejado por el adivino Circe, tapándose los

<sup>7</sup>Ep. XII, 28-31: *Siquidem mallem... secundum Apostolum qui ait quoniam “tempus brebe est” (I Cor. 7, 29), caritati potius operam dare, que edificat, quam scientie, que difficile est ut non aut inflet aut non pateat inuidie.*

<sup>8</sup>Cf. Ep. XLII, 27-38.

<sup>9</sup>MADOZ, J., *Epistolario de san Braulio*, p. 57 ss.; DIAZ y DIAZ, M. C., *De Isidoro al siglo XI*, p. 23 ss.

<sup>10</sup>ep. XXV, 3-9: *Quamuis undique de mundialis uertigine adsiduo estu quatiamini,... tamen notui ancoram mentis uestre ita <supra> solidissimam celestem fundatam esse petram, ut non queat, quibuslibet modis seuat mundus, intumescat pelagus et hoc mare magnum uerticosam erigat ceruicem, penitus dissolui nec Caribde ebibi nec latrantibus scilleis canibus deborari nec modulamine Sirenarum resolu.*

oídos con cera y haciéndose atar al mástil de su nave, completando así la bella metáfora de los peligros de la mar y de la corte. También emplea este enfático lenguaje marítimo en la Carta XXI, 117-121<sup>11</sup>.

Además, insistimos, el prestigio de Braulio, en cuanto al aspecto de erudición clásica, quedó definitivamente consagrado con el encargo de contestar a Honorio I, en nombre de los Padres del Concilio VI de Toledo, quien por carta censuraba al episcopado hispano, urgiéndole para que fueran más robustos en la fe y más celosos en la represión de los infieles (*robustiores pro fide et alacriores in perfidorum... rescindenda pernicie*) aplicándoles –a tales obispos– el texto bíblico *canes muti non ualentes latrare* de Is. LXVI, 8-10, pero atribuyendo el testimonio textual a Ezequiel. El obispo Braulio, en efecto, demuestra con orgullo su espíritu clasicista cuando con pensada rima y *cursus* responde al romano pontífice en la ya citada Carta XXI, 51 ss<sup>12</sup>, corrigiendo la falsa referencia del papa Honorio I –*precipue tamen illud, non Ezeielis sed Esayae testimonium, quamquam profete omnes uno proloquantur Spiritu*– y, oponiendo otros testimonios escriturísticos, replica en los mismos tonos con clasicismo y a la vez con serena amargura: ... *quia gregis Domini custodiam, ipso inspirante, iugi uigilia peragentes et lupos morsu [s]et furores terremus latratu: illo in nobis non dormiente neque dormitante qui custodit Srahel.*

Y sigue en XXI, 70: *ac sic,  
quia nulla eos aperte consolatur ueritas,  
fucata saltem tutet iniquitas.*

Nótese, primeramente, la construcción rítmica; la rima de uno y otro miembro después, y préstese atención asimismo a la hiperaliteración.

Y pudo muy bien el clasicista Braulio hacer alusión y haber citado literalmente a Plauto, cuando sigue escribiendo al papa Honorio en esta misma Carta XXI, 102: *Sapienti enim uiro pauca dicta sufficiunt.* Aunque parece más bien que se trata de una derivación inmediata isidoriana en Braulio, lo cierto es que el contenido textual y prácticamente nominal de tales palabras corresponden al proverbio o adagio remoto divulgado por Plauto, *Pers.*, V, 729: *Dictum sapienti sat est.*

No pocas veces –así lo advertimos– en el escritor latino Braulio, que es sin duda el mejor conocedor y el que más apreció la cultura clásica como tal, su erudición clásica pierde algo de valor al servirse de citas de segunda mano; es decir, de frases estereotipadas y proverbiales que for-

<sup>11</sup>Ep. XXI, 115-120: *a Domino petentes... ut nauis fidei, que inter scopulos temptationum et Caribdem uoluptatum adque fluctus persecutionum uel Scille latratu... conuexatur, ad salutis portum quietissime deducatur.*

<sup>12</sup>Cf. texto recogido en la nota anterior.

maban ya parte del acervo de la lengua. Y, claro está, los autores más frecuentemente citados son los eclesiásticos, especialmente los más ricos en doctrinas antiguas. Pero su reputación es mayor en el conocimiento amplísimo que demuestra tener, sobre todo, del Epistolario de san Jerónimo; hemos advertido también –y las hemos estudiado en otro lugar– alusiones o referencias a las Sátiras de Horacio, a los Fastos de Ovidio y, finalmente, a la Eneida de Virgilio, todas las cuales forman parte, insistimos, del repertorio de san Jerónimo, cuyo dominio de Cicerón y Virgilio, sin olvidar el Satiricón, es sorprendente.

Nos gustaría terminar recordando que en este período, ya largo, de nuestro recorrido científico, que no hemos acabado de completar, previa investigación y análisis de ciertas cuestiones, emprendimos en su día asuntos propiamente filológico-latinos, culminados en nuestra Memoria Doctoral *In sancti Braulionis epistulas studia lexica et grammaticalia*. Y por medio del contenido de sus Cartas advertimos y comprobamos la erudición clásica de san Braulio, reflejada y ratificada mediante estadística comparativa de determinados aspectos de la sintaxis de su lengua con la clásica, cuya descripción detallada, por razones obvias, no es este el momento de hacerla. Ahora bien, nos ratificamos en que su estilo epistolar, afectado a veces y medianamente enfático en ciertos cumplimientos, manifiesta, en general, un lenguaje cuidadoso, claro y sencillo, con tendencia a los usos clásicos: en el problema de la subordinación; en el orden de palabras en la frase; en el uso sintáctico de las preposiciones; en el índice de frecuencias del empleo de los demostrativos y, finalmente, en los usos del relativo. El lenguaje latino escrito del Epistolario de nuestro obispo cesarauguetano muestra, pues, una marcada tendencia a los usos y empleos clásicos, que justifica la afirmación de que el espíritu clasicista de san Braulio es una realidad.